

LA ALAMEDA A VISTA DE PAJARO.

¿Habeis pensado alguna vez, en lo que debe experimentar un aereonauta, en el instante de desprenderse de la tierra, arrebatado por el globo? Es una sensacion estraña, desagradable: la idea de sentirse uno aislado en medio del espacio, hace contraer todos los nervios; el rápido movimiento de los objetos, que se hundén y alejan á la vista, causa mareo: es un verdadero vértigo. Pero en cambio, cuán imponente, cuán magnífico, cuán espléndido, es el espectáculo que se presenta ante la vista del viajero, pasado aquel primer momento! El lenguaje humano carece de expresiones para pintar lo que el alma siente al contemplar de pronto un horizonte sin límites, al ver sobre la cabeza un cielo sin nubes, y á sus plantas la tierra, que ostenta sus galas como en un inmenso panorama. ¡Un grito de admiracion y de asombro se arranca entónces del pecho!

Era una mañana de primavera, una de esas mañanas en que el cielo de México, siempre límpido y puro, ostenta un azul admirable; el sol se elevaba lentamente hácia el zenit, y soplaba una brisa apacible, cargada con el perfume de las flores, que infundía cierta voluptuosa languidez en los pechos que la respiraban.

¿Os contaré los preparativos para una ascension aereostática? ¿Os referiré los temores, que no pueden menos de asaltar al corazon del que vá á emprender el viaje? ¿Pero, de qué os servirá esto? Ante un espectáculo que ocupa la imaginacion entera, las pequeñeces desaparecen como las manchas en el sol.

Figuraos de pronto, en la frágil navecilla de mimbres, en medio de los aires. Ved: ahí bajo vuestras plantas teneis la Alameda, el mas bello y magestuoso paseo de México. Es un bosque simétricamente dispuesto, con fresnos, álamos, sauces y otros árboles, que ofrecen un conjunto verdaderamente hermoso.

Mirad: desde el punto en que estamos percibís algunas de las fuentes y varias calles. ¿No es verdad, que la Alameda es un paseo lindísimo, en el cual se goza de dulce frescura, de grata calma y de silencio apacible, apénas turbado en las horas calurosas del dia, por el melancólico arrullo de la tórtola amorosa? ¿No es verdad, que muchas veces, cuando vuestro corazon agitado necesita de la soledad, habeis venido á pasearos por algunas de esas calles adonde no penetran los rayos del sol, y habeis hallado consuelo?.....

¡Oh! ¡si fijais vuestra mirada en este sitio, á la hora en que el sol comienza á dorar las copas de los árboles, veréis sus calles cubiertas de hermosas jóvenes, de señoras de todas clases, que en traje matinal vienen á respirar el aire puro: mas tarde, encontraréis el paseo desierto, silencioso, á propósito para meditar: por la tarde, la escena cambia; los niños invaden con sus juegos infantiles los prados y jardines; multitud de personas discurren por las calles, y los coches y briosos corceles atraviesan por el lugar propio para su paso, levantando nubes de polvo!

A vuestra derecha, teneis las calles de la Mariscal, San Juan de Dios y San Hipólito, que han quedado tan amplias y hermosas con la destruccion del acueducto que ántes llegaba hasta la esquina de aquella y la de San Andrés. Esta medida de ornato se debe al ayuntamiento de 1851 y 1852. Con el tiempo, cuando estas calles estén bien empedradas, lo cual ha comenzado á hacerse ya, y cuando nuevos edificios sustituyan á los antiguos que ahora existen, serán evidentemente las mas bellas de la capital.

Fijando la vista á nuestra izquierda, encontramos las calles de Corpus-Cristi y Calvario, que son harto notables. Esta série de calles que desembocan en el paseo de Bucareli, se estienden rectas y acordonadas hasta la plaza mayor de México, ofreciendo á ambos lados una série de edificios muy bellos, como la Acordada, Hospicio de pobres, San Francisco, Casa de Azulejos, Hotel de las Diligencias generales (en otro tiempo Casa del Emperador Iturbide), la Casa antigua de Correos, la que es propiedad del Sr. Soriano, y otras. Estas calles que son, puede decirse, las mas centra-

les de México, se ven transitadas á todas horas por una multitud inmensa; son tambien las que el comercio ha escogido de preferencia para ostentar sus tiendas y almacenes de ropa, joyería y efectos de lujo.

A ambos lados de la Alameda, se admiran edificios dignos de llamar la atencion; los unos, por su objeto y su antigüedad; los otros, por su belleza. Ahí teneis en el fondo el convento é iglesia de San Diego, la capilla del Calvario, y en lontananza, los mil jardines y casas de campo del hermoso barrio de San Cosme. A la derecha están, la iglesia de San Hipólito, célebre por la procesion del pendon real; la casa que fué hospital, servido por las Hermanas de la Caridad, y que actualmente es casa de dementes; hermoso y estenso edificio que merece llamar la atencion de los inteligentes, y en el cual se encierran hoy 93 infelices privados del uso de la razon. Mas adelante se levantan la cúpula y la torre de San Fernando, asilo de religiosos misioneros, el mas respetable de todo México. En las calles de la izquierda, llama las miradas el convento de señoras religiosas de Corpus-Cristi.

Siguiendo hácia arriba, despues de una série de casas bastante hermosas, encontramos un edificio, el penúltimo de los de la calle, notable tanto por su magestuosa amplitud y hermosura, como por el objeto á que está destinado: es el Hospicio de Pobres, que fué fundado por el chantre Dr. D. Fernando Ortiz Cortés, y abierto el 19 de Marzo de 1774, para servir de asilo á los huerfanos y menesterosos de ambos sexos. El edificio, como hemos dicho, es suntuoso, y fué edificado á todo costo. En estos últimos años ha sido cortado para formar una de las calles nuevas que sirven para prolongar, las de Rebeldes, Nuevo-México, Alconedo, &c., hasta el paseo de Bucareli.

En el Hospicio, uno de los establecimientos mas filantrópicos que existen en la capital, reciben su educacion moral y civil, multitud de niños y niñas desvalidas. Se les dá un trato tan dulce y humano como es posible. Sin que los fondos del establecimiento se gravén, hay ademas de las de primeras letras, clases de geografia, música, canto, baile, bordados, pintura y otros ramos de adorno, y existe un departamento especial donde se alimenta y sostiene á todos los ancianos ó enfermos, que estando imposibilitados de trabajar, recurren á la mendicidad, ejercicio prohibido por las leyes de policía.

Una de las costumbres de México es hacer que los niños del Hospicio, con el traje de la casa, concurran á los entierros de lujo para acompañar con cirios los cadáveres. El establecimiento recibe en estos casos una limosna. Seria de desear, sin embargo, que en vez de esto, se procurase recursos estableciendo talleres, para que los huerfanos aprendiesen un arte útil.

El último edificio, con el cual dá fin la calle, es la cárcel nacional, antigua Acordada, cuyo nombre conserva todavía, apesar de haber desaparecido el tribunal de aquel nombre.

La prision construida para la custodia de los reos, juzgados por el tribunal mencionado, existe á un lado del edificio actual; pero siendo reducido en demasía para el número de presos, se hizo necesario construir la cárcel que hoy vemos.

Esta comenzó á edificarse dirigida por D. Lorenzo Rodriguez, en un espacio de 66 varas de frente y 70 de fondo, que donó la ciudad el 17 de Julio de 1757, y se estrenó el 14 de Febrero de 1781. El importe de la obra se cubrió con donaciones particulares.

La cárcel nacional, es, sin embargo, muy reducida, para el número de presos de ambos sexos que la ocupan generalmente: así es que, los hombres con especialidad, se ven obligados á dormir en estrechos calabozos, sin ventilacion y reunidos en considerable número. Varias veces se ha pensado poner talleres en la cárcel para proporcionar ocupacion á los presos; pero este útil pensamiento ha encontrado siempre trabas que no le han permitido pasar de simples y aislados ensayos. Los presos que lo desean, reciben en la cárcel los alimentos necesarios, cuyo gasto es sufra-

gado por las rentas del ayuntamiento. El número de presos anualmente en la Acordada, durante el último quinquenio, ha sido poco mas ó menos, de 15,000 anuales; de entre los cuales, la mayor parte salen libres, pues es de observarse, segun los datos de estadística comparada, que en México la criminalidad es hoy corta. En el mismo edificio está el despacho de los cinco jueces de letras de lo criminal, que administran justicia. Contiguo al edificio, existe el cuartel de la fuerza de policía, destinada para la custodia de las prisiones y seguridad pública.

Terminada la calle de que acabamos de hablar, comienza luego el Paseo de Bucareli, mas comunmente llamado Paseo Nuevo.

¡Dios mio! ¡inspira profunda tristeza contemplar así una ciudad desde lo alto: esa série de edificios que se desarrollan ante nuestra vista, no parecen mas que los monumentos que dejan á su tránsito las generaciones que van pasando!

Mientras que nuestra vista se fijaba en la multitud de edificios que rodean la Alameda, evocando recuerdos en la memoria, el globo habia seguido su marcha. Poco á poco los objetos todos se borraron como envueltos en una neblina: el ruido de la ciudad, que llegaba hasta nuestros oídos como el zumbido de un enjambre de abejas, se debilitó y llegó á perderse.... Hubo un momento en que al bajar nuestra vista hácia la tierra, percibimos tan solo una inmensa sombra. Estábamos entónces verdaderamente aislados en medio del espacio; era un momento solemne en que el alma mas indiferente no hubiera podido menos de sentir todo el respeto que infunde ese espacio sin fin, verdadero reflejo de la eternidad, que se estendia en torno de nosotros!.....

FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

¿Qué fué de aquellos hermosos vergeles, de aquellos bosques magníficos que los reyes de Tenochtitlan y de Tezcoaco, plantaron en los dias de su grandeza, de su poder y de su gloria!.... ¡Todo fué devastado por la barbarie de los conquistadores!

¡Solo tú, bosque grandioso, has sobrevivido á tanta devastacion y á tantas ruinas! Tú embelleces todavía con tu frondosidad, con tu verdor y con tus sombras, ese sitio de tantos recuerdos, tan silencioso y lleno de misterios. Todavía en tu recinto se levantan escelsos, robustos y lozanos, aquellos ahuehuetes, bajo cuya sombra reposó Cortés y la hechicera Malitzin, Moctezuma y sus concubinas, y sus guerreros valerosos. Todavía esos árboles gigantes cubren con su ramaje la alberca en que se bañaron tantas hermosas indias del harem de aquel sultan; y se oye aún, junto á esa alberca, aquel mismo murmurio que adormecia á los príncipes de Anáhuac, cuando reposaban en el regazo de sus queridas, despues de una victoria. Todavía, recorriendo tu recinto, podemos seguir aquellas sendas por donde vagaban los guardias de la corte, cazando pájaros y alimañas; y cuando vuelan las aves entre las selvosas ramas de tus árboles, parece que silban en el viento las flechas que disparaban aquellos cazadores. Porque bajo tus bóvedas de verdura, en la espesura de tus escelsos ahuehuetes, y en tus veredas tortuosas y sombrías, por todas partes hay recuerdos, por todas partes aparecen esas memorias de lo pasado, que por sí solas bastarian para hacerte, como eres, tan hermoso!

Venid á este bosque, hombres que amais la soledad, y que buscáis inspiraciones. Veréis qué bello es, cuando en la alborada del dia interrumpen las aves con sus silbidos el silencio con que se adormecia aquella naturaleza salvaje y misteriosa. La cumbre de los árboles mas colosales se ilumina con el albor de la mañana, y entónces resaltan mas esas sombras, entre las que se mecen suavemente las ramas de la selva. Por entre esas ramas flotantes y sombrías, pasan algunos rayos de luz, y uno que otro pájaro atraviesa esas ráfagas, volando perezoso.

Al medio dia, la luz del sol cae sobre el bosque, como una gasa de oro que flota entre las ramas. Entónces sorprende mas ese hermoso contraste de sombras y de luz, que hace aquel sitio tan bello y misterioso. Uno que otro graznido, uno que otro canto interrumpe el silencio del bosque; porque las aves van en aquella hora á buscar sombra y frescura hasta la cumbre de los ahuehuetes, y á esconderse del sol entre los ramosos brazos de aquellos árboles.

En la tarde, el cielo se tiñe en el Occidente, de rosicler y nácar, se inunda con un fulgor purpúreo, ó se estiende en él un velo de topacio. Sobre esa tela de luz que flota en el Ocaso, veréis como se diseñan con sus grandiosas formas, con sus membrudos brazos, y con su tupido y sombrío ramaje, aquellos ahuehuetes, que aislados y dispersos, forman en el bosque grupos pintorescos. Entónces vaga entre ellos ese pájaro que

llaman crepuscular, porque sale á cazar insectos, á la hora en que el lucero de la tarde centellea entre las ramas de la selva. ¡Qué vago se percibe entónces en esta soledad el rumor de la corte populosa y el eco sonoro de las campanas, cuya voz resuena magestuosa, cuando el ángel de la oracion baja á la tierra!

En la noche, la oscuridad del bosque es imponente, misterioso el silencio de aquel vasto recinto, y poético el murmurio del viento rumoroso.

Pero nada está mas en armonía con la magestad y silencio de este antiguo bosque, que esa luz aperlada y suave, esa apacible claridad que la luna derrama sobre la copa de los árboles, y esos rayos plateados del astro de la noche, que penetran entre las sombras, que vagan trémulos y brillantes cuando el follage se agita al soplo de las auras. Entónces el silencio de la selva, interrumpido solamente por el murmullo de la noche, y la luna que riela sobre las ondas de la alberca, y las sombras de los árboles, cuyas formas fantásticas varían á cada instante, todo da á Chapultepec un aspecto salvaje, y al mismo tiempo augusto y misterioso. Se transporta uno involuntariamente á los pasados siglos; y cuando entrevee algunos árboles cubiertos con la niebla vagarosa, cuando escucha el murmullo de los vientos, le parece ver un guerrero que pasa por la selva, un cazador parado bajo un árbol, y que se apoya en su arco formidable. Entónces, cuando se levanta de la alberca un vaporcillo que de la luna platea ligeramente, parece que asoma entre las agüas una de aquellas beldades indias de los tiempos de Guatimoc y de Alvarado.....

¡Qué magestuosos sois, soberbios ahuehuetes, y qué venerable es vuestro aspecto, cubiertos con ese parásito ceniciento que crece sobre vuestras ramas y brazos gigantesco! Al veros envueltos en él, se diría que el tiempo habia ido acumulando sobre vosotros el polvo de los siglos. Ni las tempestades, ni el huracan, os despojan jamas de ese manto pardo y ondeante que os hace tan hermosos. ¡Vivid aún, por muchos siglos, árboles escelsos, que tantas veces habeis visto estallar sobre vuestras cabezas el rayo de los cielos!

¡Ah! Si en la soledad hay algunos génius que se recreen en contemplar las bellezas salvajes de una naturaleza vigorosa, magnífica y fecunda, yo les pido que sean propicios para vosotros, y que os preserven de la barbarie de los hombres. ¡Ojalá y la presente generacion no llegue á ver por el suelo vuestros enormes troncos, ni mutilados vuestros brazos, ni marchito el verdor de vuestras ramas! ¡Ojalá y un siglo que presume de civilizado, conserve y embellezca cada dia mas ese bosque, que los antiguos veneraron como sagrado, y que lo dejaron á su posteridad, como un monumento de su civilizacion, como restó magnífico de una vegetacion salvaje, escuberante y prodigiosa!

LUIS DE LA ROSA.